

CARMEN ROSENZWEIG: LA CREACIÓN VIAJA EN AUTOBÚS

Quienes revisen viejos ejemplares del primer "Vital" a principios de los 80, podrán verificar que durante una buena temporada se desplegaron amplios espacios publicitarios para promover la asistencia a un taller de novela a cargo de Carmen Rosenzweig, patrocinado por Patrimonio Cultural. En la introducción de *Obrarreunida*, compendio de las obras de Carmen Rosenzweig –cuyos primero y segundo volúmenes aparecieron, respectivamente, en 1996 y en 1997–, se precisa que ese taller se efectuó en 1982, en la capital mexicana.

Así, mi primer contacto con el nombre de Carmen Rosenzweig fue a través de ese anuncio. No soslayo el mal tino, seguramente provocado por cuestiones laborales, de no haberme inscrito en ese taller. Quien sí se inscribió fue Alfonso Sánchez Arteche. Su libro *Fábulas, mitos y otras ficciones* fue el saldo de los ejercicios de escritura que pergeñó impulsado por doña Carmen.

Con el tiempo ocurrieron muchas cosas, entre ellas la aparición de *Obrarreunida*, editada por el Instituto Mexiquense de Cultura. Carmen Rosenzweig había ganado, en 1987, la preseña Estado de México "Sor Juana Inés de la Cruz", pero casi hubo de transcurrir una década entre ese reconocimiento y el otro, el editorial, para que se completara un ciclo feliz: una especie de repatriación de doña Carmen. Como es sabido, aun cuando ella es toluqueña de pura cepa, en 1944 decidió radicar en la ciudad de México, donde desarrolló segmentos fundamentales de su trayectoria intelectual.

Además de enriquecer un ambiente en el cual pronto se ha convertido en un referente esencial, respetada por tirios y troyanos, Carmen Rosenzweig continúa escribiendo. *Obrarreunida* no es sino eso, la recopilación de los

títulos que había publicado antes de 1997, mas no una colección a modo de obras completas. *Obrarreunida* serían obras incompletas. Para corroborar esta afirmación, sirva señalar que en el año 2000 apareció el volumen de poesía *Memoria y conciencia*, dentro de la serie "José Yurrieta Valdés" que coeditan la universidad estatal y La Tinta del Alcatraz. Claro está, *Obrarreunida* es el medio más adecuado para conocer o reconocer el trabajo escritural de doña Carmen Rosenzweig.

No es mi propósito hacer un análisis exhaustivo de esa amplia obra, sino exponer algunas ideas que, en todo caso, conduzcan a un acercamiento hacia su trabajo.

El primer volumen de *Obrarreunida* incluye los siguientes títulos: "Hojas de expresión de un estudiante sin cartera", "El reloj", "1956" y "Recuento para recuerdo". El segundo presenta "Van Gogh y la juventud", "Esta cárdena vida", "Simone, el desierto. Simone, el huerto", "Volanteo", "La tentación de vida", "México, mi país" y "Hojas sueltas".

Esta enumeración resulta demasiado simple para expresar lo que realmente hay dentro de una obra que abarca el periodo 1951-1997. Años de trabajo, aprendizaje, vastas lecturas, reflexión, creación, vida.

A pesar de que se trata de una obra plural y diversa, es posible identificar características que confieren identidad al estilo de

Carmen Rosenzweig.

Una primera sería destacar su sólido basamento cultural, construido sobre profundas lecturas y de sensible reelaboración de ideas. No creo que esté de más hacer énfasis en la formación absolutamente literaria de Carmen Rosenzweig, en la que se combinan la presencia de autores sobre todo europeos y una visión hondamente enraizada al tronco mexicano.

En la obra de Carmen Rosenzweig aparecen referencias a escritores como Joyce, Baroja, Baudelaire, Sartre, Chesterton, Unamuno, Rilke, Eliot, Ciril Connolly, Dostoievski, Gide, Heidegger, Jaspers, Pascal, Camus, Carson McCullers y Henry Miller. A ellos se suman Enrique González Martínez, Gabriela Mistral, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Vicente Leñero, Emilio Carballido, Juan José Arreola, José Revueltas, Efraín Huerta, entre otros.

Con la mayor parte de los nombres de la segunda lista, doña Carmen tuvo una relación personal, una relación entre pares, aunque los citados en una y otra categoría, vistos como creadores, le resultan siempre cercanos y vigentes.

Su estilo se caracteriza por la elaboración de complejas síntesis de ideas, ya sea mediante el recurso de rápidas paráfrasis, o con algo más audaz: la introducción directa de poemas ajenos como parte de la estructura de sus obras. El ejemplo más claro de esto sería su novela *1956*, donde el hilo narrativo comprende la transcripción de estrofas o de poemas enteros de Eliot, Rilke, Mistral, Connolly o González Martínez.

Podríamos pensar que esa determinación se desprende de una postura de honestidad: hay muchas, demasiadas cosas que ya otros han dicho mejor que nosotros. ¿Por qué no reconocerlo? ¿Por qué no partir de que un escritor es o debe ser, antes que nada, un lector? ¿Por qué no avasallarnos a la exactitud del Eclesiastés: "nada es nuevo en este mundo, ni nadie puede decir: He aquí una cosa nueva, porque ya existió en los siglos anteriores a nosotros"?

Empero, ceñidos a la misma salomónica fuente, citaríamos: "Todas las cosas del mundo son difíciles: no puede el hombre comprenderlas ni explicarlas con palabras. Nunca se harta el ojo de mirar, ni el oído de oír cosas nuevas".

A esa empresa nos enfrentamos en la obra de Carmen Rosenzweig: a leer cosas nuevas sobre los constantes temas de la humanidad.

No es dato de menor importancia el que en 1962, Carmen Rosenzweig haya viajado a Francia, donde confirmó lo que ya era una tendencia desde sus primeros escritos: la búsqueda de expresiones de vanguardia, concretadas en un lenguaje que resulta, a un mismo tiempo, íntimo e inteligente.

Es, el suyo, un lenguaje distinto, con sus neologismos y una sin-

taxis a la Rosenzweig:

Todo lo que apareció en la Tierra se inició desde un punto cero. La estructura mental hay que desperezarla. Parecería que el pecado de los más numerosos hombres de la ciudad fuera el comodínismo importamadreando. Yo, Cósimo Acosado, comodíneo importamadreando, tú Rita Acosada de Cósimo comodíneas importamadreando; nuestros hijos Albasolo I, Albasola y Albasolo II, comodínean, importamadreadores en un sentido. (*Simone, el desierto...*, 1997: 86).

Valdría remitirnos a Juan Carlos Onetti para decir algo más del estilo de Carmen Rosenzweig.

Según señala Vicent Verdú en el prólogo de una de las ediciones de *Tierra de nadie*, Juan Carlos Onetti le dijo alguna vez: "Yo no sé escribir mal. Qué le voy a hacer". (1992: VII)

De modo franco, sostenemos: Carmen Rosenzweig no sabe escribir mal.

Ignoramos su método de trabajo, si prefiera el lápiz al bolígrafo, la estilográfica a la máquina de escribir o la computadora; si suele corregir demasiado, si tarda días para hacer una página, a lo Flaubert, o si alcanza los acelerados ritmos stendhalianos.

Tal asunto, si realmente viene al caso, habría que preguntárselo directamente a ella. Pero, en lo que corresponde al testimonio del lector, no queda sino reconocer la excelencia de su obra, trátase de un cuento, una novela, un ensayo o una poesía.

No basta con referirnos a esa calidad de escritura, sino a un elemento que ya hemos esbozado: el uso de la inteligencia para decir cosas. En ella, el lenguaje se subordina a la argumentación de ideas, que aunque provienen de una reflexión literaria y vital, mantienen una conexión evidente con razones de corte filosófico.

Se apoya en sus lecturas, pero si en alguien hay que buscar la voz literaria de Carmen Rosenzweig, es en ella misma, en Carmen Rosenzweig.

Ejemplificaré esto con el que quizá sea su principal trabajo dentro del género narrativo: *1956*. John S. Brushwood cita en su estudio México en su novela (1973:70-71): "En *1956* (éste es el título de la novela publicada en 1958), Carmen Rosenzweig examina el año de la lenta muerte del padre del narrador".

Llama la atención que Brushwood atribuya al narrador una condición masculina, cuando resulta claro que quien habla es un personaje femenino. Es cierto que en más de una ocasión Carmen Rosenzweig ha utilizado giros netamente masculinos —de hecho, su primera obra, fechada en 1951 lleva por título "Hojas de expresión de un estudiante sin cartera", incitadas por una "rebeldía de hombre y duda de hombre" (1996: 13)—, pero tales expresiones pondrían en relieve una situación general, más de raza humana que de sexo. Es fácil imaginar que Brushwood no leyó demasiado bien la novela de Rosenzweig, donde

en diferentes líneas se hace explícito el género de la narradora, quien afirma: "De niña bebía el aliento de Dios" (p. 111), o bien señala: "Quién sabe, estoy desnuda de Dios..." (p. 129).

En la página fechada el 3 de abril, la narradora explica:

Me siento inundada de pequeñidad. Voy, vengo, voy, vengo, no brillan los ojos, no piensa mucho la frente, voy, vengo, voy, vengo y como como si tuviera pienso enfrente de mis ojos, así me siento de corta. (p. 131)

La novela *1956* se publicó en 1958, lo cual significa que circuló varios años antes que *Beber un cáliz*, del hidalguense Ricardo Garibay, publicada en 1965, y que "Algo sobre la muerte del mayor Sabines", del chiapaneco Jaime Sabines, que data de 1973.

En los tres libros —dos novelas y un volumen de poesía— el tema central es la agonía del padre. En la solapa de *Memoria y conciencia* (2000), cuando se cita *1956*, se apunta que *1956* "es la primera de otras más, con similitud de tema, y aparecen en este renglón Jaime Sabines, Ricardo Garibay, Simone de Beauvoir y otro autor francés más".

Desconocemos si Garibay o Sabines tuvieron noticia de la novela de Rosenzweig; de cualquier modo, la revisión de estos tres ejemplos, con un énfasis en el carácter precursor de *1956*, sería útil para reforzar el criterio de que la escritura de doña Carmen responde a un afán de originalidad, surgido de una síntesis intelectual, a partir de las

ideas de otros pensadores, y también una síntesis vital, con base en una experiencia y emociones personales. Semejante análisis resulta muy atractivo, y podríamos proponer la hipótesis de que se trata de ejemplos señeros acerca del dolor humano, recreado, desde la palabra, por tres notables sensibilidades.

En sus libros, se repite la condición onettiana de la que hablábamos con relación a Carmen Rosenzweig: no sabe escribir mal. Aunque identificaríamos un cambio: en las obras que podríamos considerar de madurez —como su querido “Volanteo”— lleva la experimentación, el juego con el lenguaje, a niveles más atrevidos. Si nos permiten la opinión, la prosa de Carmen Rosenzweig es más audaz que su poesía, la cual, paradójicamente, resulta más directa, aunque no como regla general, sino que depende de cada libro. En cualquier caso, no es descabellado pensar que detrás de cada trabajo hay, además de la reflexión y de la creación, una inmensa gana de sentirse y expresarse viva.

Eso es lo que nos ha comparado Carmen Rosenzweig con su obra, la cual sería, en estricto sentido, una parte —aunque, ciertamente, la principal— de su trayectoria creativa. La otra es su función como animadora de proyectos culturales.

El más recordado es la revista *El rehilete*. Por ella pasaron muchos colaboradores y directivos, pero una presencia permanente fue la de Carmen Rosenzweig. Por ejemplo, en el

número 9, de noviembre de 1963, Carmen Rosenzweig aparece como integrante del directorio —exclusivamente femenino— de dicha publicación; suscribe una reseña acerca del poeta ecuatoriano Mauricio de la Selva, y publica “Mi tío Alfonso”, personal homenaje luctuoso a su tío, el respetado diplomático mexicano Alfonso Rosenzweig.

“En México, mi país”, Carmen Rosenzweig refiere:

En el grupo —ellas y ellos— teníamos el fermento de sacar una revista literaria aunque ellos alargaban la realización del propósito y consecuentemente, la aparición de la revista. Conmigo, Beatriz Espejo, Margarita Peña, Elsa de Llarena, Blanca Malo, Thelma Nava, se produjo la detonación. Se creó *El rehilete*. Beatriz obtuvo la primera posición al poner en marcha la idea adormilada. Aunque yo estaba desbancada ya impunemente del centro [Mexicano de Escritores], Beatriz y yo firmamos el propósito de la revista y yo asumía específicamente la responsabilidad de la redacción. La revista duró diez años (1961-1971) y logró publicar heroicamente treinta y seis números. Indico, si mal no recuerdo, que Beatriz se retiró en el número 16 y hubo dos épocas más, una con Margarita López Portillo y Carmen Andrade y la última con la intervención de dos elementos del medio que llegaron solicitando su admisión como colaboradores. En las tres épocas yo estuve en primer nivel. Ideé, para crear una modalidad atractiva, que cada número, sin perjuicio de las actividades que normalmente se realizaban, lo encabezara uno de los integrantes de *El rehilete*, fueran antiguos, recientes o de último ingreso, como Mariano Flores Castro y Mario del Valle.

Hago detalle del relato porque desde aquellos años, casi nunca he aparecido como parte esencial de dicha publicación. La dirección de *Excelsior* (antes de la intervención de L. Echeverría) me mencionó una tarde: “Usted nunca aparece en el revuelo de quienes hicieron *El rehilete* y usted, creo, es el alma de ahí. ¿Por qué?” Contesté que lo importante era la revista, no unas personas sí y otras no. Tiempo después apareció, de un modo abusivo y con una portada poco afortunada a mi juicio, una efímera revista *El rehilete*, de Mario del Valle. (1997: 266)

En descargo del fenómeno descrito por Carmen Rosenzweig, informaría que en la ficha que a ella se dedica en el *Diccionario Enciclopédico de México*, de Humberto Musacchio, se detalla que “en 1961 fundó, con Beatriz Espejo, la revista femenina de literatura *El rehilete*, que dirigió hasta 1971” (1997: 1778).

Cualquiera que haya estado metido en menesteres culturales, sabe de las dificultades para crear y dar continuidad a suplementos o revistas. Valoremos entonces el legado de *El rehilete*, en cuyas páginas participaron Elena Poniatowska, José Luis Cuevas, Jaime Augusto Shelley, Federico Campbell, Juan Tovar, Fernando Macotella, Luis Mario Schneider, Edmundo Valadés, José Emilio Pacheco, José Luis Martínez, Agustín Yáñez, Tomás Segovia, Vicente Leñero, José Revueltas, Antonio Alatorre, Miguel Donoso Pareja, Ernesto Cardenal, Ramón Xirau, Eduardo Lizalde, Salvador Elizondo, Efraín Huerta, Francisco Monterde, Ermilo Abreu Gómez, Efrén Hernández, Carlos Pellicer, Rosario Caste-

llanos, Sergio Fernández, Ernesto Mejía Sánchez, Rubén Bonifaz Nuño, entre muchos más.

Con este último proyecto de divulgación cultural bastaría para reconocer su aportación a la cultura mexicana, pero, innegablemente, lo más valioso de ella está en sus libros, lo mismo en sus incompletas obras recopiladas en *Obrarreunida* que en un volumen recientemente aparecido, como *Memoria y conciencia*, más lo que de seguro esté en preparación. Porque, en el caso de doña Carmen, la creación viaja en autobús.

Explico. Me estoy refiriendo a un artículo que hace cerca de tres años publicó doña Carmen en un diario toluqueño. El tema era las cuentas de la gente que aborda de manera cotidiana los autobuses del servicio público de pasajeros en esta ciudad capital. Aquellas personas para las cuales una moneda de cincuenta centavos puede ser la diferencia entre abordar el autobús o no poder hacerlo. Si doña Carmen elaboró una crónica sobre ese tema, es porque ella, que ha viajado por buena parte del mundo y que se codeó y se codea como par de los grandes nombres de la literatura mexicana, es porque ella sabe de situaciones tan humanas y tan concretas como el abordar un autobús urbano, acto que puede resultar rutinario y mecánico, pero que también podría implicar una visión buñuelesca.

Ello la enriquece todavía más, desde su libresca casa en San Buenaventura. Allá, cerca de una desviación en forma de y griega, habita nuestra repatriada. Ahí inicia su mundo cotidiano, es su base de operaciones.

Desde ahí, ella continúa trascendiendo. Ya aventaja en mucho a alguna célebre e infortunada ciudad. En "Recuento para recuerdo" leemos las siguientes líneas:

En Nueva York Dios estará subido en el cielo, todos los demás debajo de Él, pero también Él ha de bajar a ellos a sótanos, a torres, y hasta el Empire State. Éste tan entero, seguro, formidable consumidor a diario de tantos dólares flotantes, firme en sus 80 pisos, y en los otros, y toda la gente de tiempo apenas ocioso, al ochenta primero, ávidos de llenarse de la majestad de Manhattan. (1996: 213)

Hechos recientes nos hacen pensar que puede lograrse una mayor permanencia con la palabra que se extiende en endebles hojas de papel, que con la construcción de gigantes de acero y vidrio que terminan volando por los aires. Y esta permanencia de la palabra ocurre porque, sin ella, nos sería imposible entender los niveles de irracionalidad que presenciamos y sufrimos en el momento presente del mundo.

Podemos aplicar a la propia doña Carmen un demoledor criterio que cierra la prosa de "México, mi país":

La importancia de un escritor no la dan factores secundarios ni la otorga nadie que no sea la obra en sí y los críticos verdaderamente profesionales y con criterio imparcial, y por último, el tiempo y las circunstancias en que



PAULA ZAPATA, *Mi teatro interior*, 1999.

fue creada. (1997: 267)

Visto así, el tiempo ha decantado, ha engrandecido la obra de Carmen Rosenzweig. Está de su lado. Mientras espera el autobús, o durante el tránsito de San Buenaventura al centro toluqueño, acaso Carmen Rosenzweig esté elaborando una nueva historia acerca del mundo desde su perspectiva vital, la de ella, nuestra autora, que por más suspicacias que dediquemos al asunto, jamás podrá escribir mal.

Qué le vamos a hacer. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Brushwood, John S. (1973), *México en su novela*, México, FCE (Breviarios N° 234).
- Musacchio, Humberto (1997), *Diccionario Enciclopédico de México*, 11ª reimp., México, Programa Educativo Visual, V. II.
- Onetti, Juan Carlos (1992), *Tierra de nadie* (pról. Vicent Verdú), Madrid, Debate.
- Rosenzweig, Carmen (1996-1997), *Obrarreunida*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 2 V.
- (2000), *Memoria y conciencia*, Toluca, La Tinta del Alcatraz-UAEM (Serie "José Yurrieta Valdés").